

SUSCRIPCIÓN  
 Un mes, 0'50—Trimes-  
 tre, 1'50. — Anuncios y  
 Reclamos a precios con-  
 vencionales. — La co-  
 rrespondencia al Direc-  
 or. — Redacción y Ad-  
 ministración: Círculo  
 Reformista. — No se de-  
 vuelven los originales:

# LA LLUVIA

PERIÓDICO REFORMISTA SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Muchos liberales, fijan la fecha para entrar á chupar del bote en el 10 del próximo Junio, no pueden resistir mas la abstinencia ¡infelices! ignoran que D. Pablo, un republicano-conservador que hay que colocar, D. Ezequiel y su corte de amor, y demás individuos "incomovibles,, im- puestos por el cacique y jefe supremo de liberales y conservadores, para ellos poco o nada ha de quedar.

Aunque todavía deben hacer paciencia para un año cuando menos, o para siempre, pues los sustitutos de los conservadores Dios sabe quienes serán.

## La algarada del sábado

Los conservadores lorquinos, a imitación de los juicios, convirtieron el sábado último en día de fiesta,

El vecindario, accediendo al requerimiento de la primera autoridad, colgó sus balcones, con más o menos gusto, hasta el punto que algunas cubiertas de camas se vieron oreadas por el viento sulil y delicioso de una mañana tan primaveral. La banda de Lumbreras, como en día de toros, nos hizo el señaladísimo favor de alegrarnos la vida por breves instantes. Los municipales se adecentaron, vistiendo el traje de rayadillo... y ya nos parecieron guardias. Se repartió el más extraordinario de los extraordinarios de «La Tarde de Lorca». Los niños tuvieron un día de asueto, libres de la enojosa prisión de las escuelas. La gente holgó. Expansionaron su espíritu aquellos que gustan de no perder detalles en toda clase de *fiestecitas* y espectáculos gratuitos. El comercio cerró sus puertas y los conservadores abrieron sus fáuces y, a dos carrillos, regalaron sus estómagos, al aire libre, en pleno campo, bajo las ráfagas de un sol hermoso, en la deliciosa posesión del «Consejero».

Nosotros, impulsados por una fuerza irresistible, no sabemos si nacida de la pícara curiosidad a que tan propensos somos todos los mortales o por el anhelo de respirar un ambiente puro y saludable, nos encontrábamos a las trece de la tarde en la calle de la Rambla en espera de que llegaran los señores que, con gran solemnidad, habrían de reinaugurar las obras de la carretera de la Fuensanta.

Momentos después, orondos, satisfechísimos, llegaron al punto de reunión, donde una escasa concurrencia los recibió entre vítores y aplausos regulados estos, según indicada consigna.

El centenar de personas que componían la muchedumbre, se agruparon en torno de los expedicionarios. Un señor de aspecto beatífico dirige la palabra al pueblo. Destapa el tarro de los elogios, suena con insistencia un nombre, y *Doña Adulación* se despacha a su gusto.

Después, otro señor, por breves instantes, distrae la atención de las gentes. Nosotros apenas percibimos lo que dice, si bien por el gesto, nos damos cuenta de las dificultades con que tropieza, bien ajenas a la emoción del momento. Se oye un Viva a Lorca!. Todos contestamos con gusto a la exclamación y la *multitud*, como la onda en el agua, se extiende, como luminaria de cohete, se desgrana y hace su regreso envuelta en montañas de polvo que ciegan.

Nosotros, al retirarnos, dirigimos nuestra mirada hacia el frente y tuvimos un piadoso recuerdo para quien un día, bien triste por cierto, supo congregarse en aquellos lugares, mas gente a la hora de su desgracia que otros a la hora de sus triunfos.